



LA GUERRA DE AFGANISTAN, UN SÍNTOMA DE NUESTRO TIEMPO.

Carlos Beorlegui. Bilbao.

Hay acontecimientos que suelen cambiar de modo significativo la historia del mundo, aunque cuando suceden apenas somos conscientes de su trascendencia. En cambio, con los atentados contra la Torres Gemelas de Nueva York y contra el Pentágono, en Washington, el 11 de septiembre pasado, parece producirse un fenómeno curioso: parece que todos dan por hecho que representan un acontecimiento que ha abierto una época nueva, por lo que significan y por las consecuencias que están ya desencadenando.

El problema es que llevamos ya varios años pensando que estamos rodeados de acontecimientos que están produciendo rupturas o que constituyen hitos importantes en nuestra historia: la caída del muro de Berlín, el auge de la nueva sociedad de la información con la generalización del uso del Internet (al menos en Occidente), la globalización económica (la enorme movilidad de los capitales financieros), cultural (“macdonalización” la han llamado algunos), política, etc. Pero los acontecimientos del 11 de septiembre tienen unos rasgos especiales que le dan un valor simbólico peculiar, como es el hecho de que hayan ocurrido durante el primer año del nuevo milenio, el producirse en el corazón financiero y militar de la primera potencia militar y económica mundial, y el significar a primera vista una cierta confirmación del “choque de civilizaciones”, fenómeno ambiguo y problemático propugnado por el conocido escritor S. P. Huntington 1. Lo cierto es que vivimos en las últimas décadas con la sensación de hallarnos en una “sociedad del riesgo”, como la ha denominado el sociólogo alemán, Ulrich Beck 2, un riesgo no concreto, sino difuso y generalizado.

Toda persona medianamente sensata tiene que condenar sin paliativos los actos terroristas del pasado septiembre, que han significado la muerte de millares de víctimas inocentes. Ninguna causa ni circunstancia es suficientemente importante como para justificar actos como éste. Pero no podemos por menos que preguntarnos cómo ha sido posible esta barbaridad; qué móviles pueden haber llevado a sus autores a realizarlo, con la precisión y sangre fría que supone incluso haber dejado la vida en el intento. Desde entonces se ha escrito mucho, y se sigue escribiendo sobre ese acontecimiento y sobre sus significados y consecuencias. Está ya todo dicho, pero, como dice Jon Sobrino, “lo que me queda más claro es que lo sucedido me da que pensar - muchísimo- sobre la realidad de nuestro mundo y sobre lo que somos los seres humanos” 3.

Muchos periodistas y analistas sociopolíticos nos señalaban en sus crónicas la extrañeza del ciudadano medio norteamericano a la hora de preguntarse por qué ha sido atacado su país, y en objetivos tan significativos como el Centro Mundial de Comercio (World Trade Center) y el centro más importante del entramado militar de la primera potencia militar del mundo (el

1 Cfr. S.P. Huntington, “El choque de civilizaciones. La reconfiguración del orden mundial”, Barcelona, Paidós, 2001 (6ª ed.); J. M. Mardones, “¿Choque de civilizaciones o religión civil?”, El Correo, 12-X-2001, p. 26; M. A. Bastenier, “Guerra sí, ¿pero de qué civilizaciones?”, El País, 5-XI-2001, p.11.

2 Cfr. U. Beck, “La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad”, Barcelona, Paidós, 1998.

3 J. Sobrino, “Redención del terrorismo. Reflexiones desde El Salvador”, Sal Terrae, 2001, nº 1.050, 859-872; 859.



Pentágono). Todas esas preguntas pueden ser respondidas de múltiples formas, según el punto de vista que se adopte a la hora de responderlas. Pero estos interrogantes nos invitan sin duda a preguntarnos en qué tipo de mundo estamos viviendo, y qué estructura de relaciones estamos construyendo para que seas posibles acciones como éstas. Lo que no tiene sentido es atribuir estos acontecimientos, como lo ha proclamado G. Bush, a que “somos el principal faro de la libertad en el mundo”. Como le responde el jesuita norteamericano, afincado en El Salvador, P. Dean Brakley: “Es posible que en el ataque hubiera algo de resentimiento contra el poder y la riqueza de Estados Unidos, pero no es razonable pensar que 19 seres humanos se inmolaran de esta manera simplemente porque Estados Unidos goza de prosperidad y libertad. Más lógico es pensar que les motivaba la convicción de que Estados Unidos no permite que otros países gocen de la prosperidad y la libertad. Lo más probable es que cometieran este crimen porque percibían la política de Estados Unidos como profundamente injusta” 4.

Nos hallamos, por tanto, ante una situación muy propicia para reflexionar sobre el tipo de mundo en el que estamos y hacia dónde parece que se encamina en el futuro. Es una obligación hacerlo, sobre todo por parte de quienes tienen a su cargo los resortes del poder político de las naciones e instituciones más significativas y poderosas del planeta. Sería lamentable que malinterpretáramos estos acontecimientos, dejáramos pasar la ocasión, y los EEUU y Europa, fundamentalmente, superaran la crisis abierta a base de imponer por la fuerza sus planteamientos, y continuasen imponiendo por la fuerza de los argumentos militares y económicos al resto del mundo un estilo de pensar (“pensamiento único”) y de vivir (“*american way of life*”) que arrasa y margina otros modos de pensar y de vivir.

Varios articulistas de periódico han observado que los primeros acontecimientos posteriores al 11 de septiembre parece que aportaban una cierta esperanza en este sentido, en la medida en que se trataba de digerir lo sucedido desde la reflexión sobre las razones que lo hicieron posible. Pero el desencadenamiento del ataque bélico sobre Afganistán la paralizado y acallado esta dinámica reflexiva para dar lugar al lenguaje de las armas. Tanto más triste cuanto la no tan esperada rapidez con que se ha derrocado al régimen talibán, ha llevado a pensar que el problema se resolvía con más rapidez de lo esperado (más todavía si se consiguiera atrapar al líder terrorista Osama Bin Laden), y las cosas volvían a estar más o menos donde antes.

Pero la historia no se repite y suele dar muchas sorpresas, pues sólo somos capaces de escribirla con exactitud después de que los acontecimientos han sucedido (caminamos de espaldas al futuro), y nunca acertamos a adivinar por dónde se van a orientar los acontecimientos que están por venir. Sólo nos queda auscultar el presente. Un presente muy complejo, pero con suficientes datos como para afirmar que hay que aprender de los errores pasados para construir un mundo diferente al actual en proceso de “globalización”. Los analistas sociopolíticos se dedican a reflexionar sobre el tipo de mundo en que vivimos, y si se está poniendo en crisis el desarrollo y la orientación de la tan mentada, estudiada y criticada/denostada “globalización” o “mundialización”, gestada según el modelo y los intereses “neoliberales” o “neocapitalistas”. Frente a esa fuerza globalizadora, de corte “neoliberal”, llevamos varios años asistiendo al nacimiento y consolidación (demasiado dispersa) de diversos movimientos y grupos denominados “anti-globalización”, que se visualizan y saltan a la opinión pública sobre todo con

4 Dean Brakley, “Qué pensar y qué hacer después del 11 de septiembre”, Sal Terrae, 2001, nº 1.050, 835-843; 837.



motivo de la celebración de las reuniones periódicas de organismos como la OMC, el G-7, u otro tipo de foros internacionales convocados para legislar sobre la contaminación atmosférica, etc.

Somos cada vez más conscientes de que nos encaminamos hacia un tipo de mundo cada vez más interrelacionado e interdependiente, plagado de promesas y beneficios, fruto de los avances del desarrollo tecnocientífico (aunque, de momento, sólo llegan estos supuestos beneficios a una proporción escasa de la población mundial, situada fundamentalmente en el “Primer mundo”), pero también impregnado de serios problemas e interrogantes. ¿Qué tipo de globalización y mundialización se está construyendo, o mejor, están construyendo los que tienen los controles del poder y las decisiones importantes en sus manos?

La respuesta de EEUU al terrorismo de Osama Bin Laden y su organización Al Qaeda, convertida en guerra contra el régimen talibán afgano, se ha convertido en un paradigma, o en el espejo donde se han reflejado todos los entresijos y ambigüedades en las que este mundo nuestro está apoyado. En el aspecto político, nos hallamos ante un mundo que vive en la palpable ambigüedad de querer construir una organización política que respete unas justas reglas de juego internacionales, pero nos encontramos de hecho sometidos a las decisiones de la única (tras el desmoronamiento de la URSS y el fin de la “guerra fría”) superpotencia mundial, los EEUU., que imponen sus decisiones al resto del mundo (incluso a Europa), aunque quieran legitimarlas con la cobertura de la aceptación de las mismas por parte de la ONU. De este modo, el mundo parece estar muy lejos (¿cada vez más?) de estar liderado y coordinado por una organización internacional que posea suficiente capacidad legitimadora y fuerza coercitiva como para imponer en cualquier lugar del mundo donde haga falta la justicia y no la venganza de los poderosos. La ONU viene a representar cada vez más una organización fantasma que actúa con retraso y a remolque del poder militar hegemónico de los EEUU. Lo hemos visto en la guerra del Golfo, en el largo conflicto de la antigua Yugoslavia, en las escaramuzas de castigo contra Irak, y en la actual guerra contra los talibanes de Afganistán. De hecho, los EEUU se han permitido adeudar durante años su cuota correspondiente como miembros de la ONU, como protesta frente a decisiones de ésta no compartidas por ellos, en la medida en que vulneraban sus intereses.

A pesar de ello, los EEUU han tratado de conseguir siempre que han podido, y eso ha ocurrido tras los atentados del 11 de septiembre, el respaldo moral y la legitimación de la ONU para llevar adelante esta guerra (el politólogo B. Barber la he denominado “La Yihad contra McWorld”) y considerarla ante la opinión pública internacional como una “guerra justa”. Es la “guerra justa” contra la “guerra santa” (Yihad) de Bin Laden y sus secuaces. Para ello, los EEUU se ha apresurado a pagar sus atrasos y a ponerse al día ante la ONU. Igualmente, le ha faltado tiempo al presidente Bush para invocar al Tribunal Internacional de Justicia de La Haya para que ejerza también de cobertura de cara a la persecución y posterior juicio de los terroristas internacionales, autores de los atentados del 11 de septiembre. Pero no puede por menos que resultar irónico, e incluso cínico, apelar a un tribunal que ha sido ignorado y desobedecido por los mismos EEUU siempre que ha emitido resoluciones contra Israel o contra determinadas actuaciones de los EEUU, como es el caso de las minas puestas en la entrada de algunos puertos nicaragüenses durante su acoso al gobierno sandinista, en la década de los '80.

En esta ocasión, los EEUU han conseguido el apoyo de la ONU y de la mayor parte de los gobiernos mundiales, así como de la gran mayoría de la opinión pública. Pero no podemos dejar de plantearnos serios interrogantes. El primero se refiere a las pruebas de inculpación contra Bin



Laden y su organización respecto a la autoría de los atentados del 11 de septiembre. En el caso de que sean contundentes (parece que sí), nos resulta problemático que se proceda a una guerra contra una nación que protege a estos terroristas, sabiendo que junto al régimen talibán están muchos otros afganos, civiles y no civiles, que no tienen por qué sufrir las consecuencias (“colaterales”) de la dura agresión militar a que se les ha sometido.

También es digno de reflexión el comportamiento de las naciones occidentales a la hora de acudir en ayuda de los EEUU y de colaborar en esta guerra. Parece más bien la escenificación de un compadreo de poderosos para quitarse de encima un estorbo y repartirse después los despojos y las cotas de poder resultante. A la vista de todo esto, parece evidente que no necesitamos tanto una superpotencia que se arroge la función de ser el garante de la paz y de la justicia (que, a la postre, sólo ejercitará su justicia), sino una organización internacional (la ONU reformada) que ser rija por una normativa democrática, y que esté al servicio de un orden internacional justo y respetuoso de los sanos y plurales intereses internacionales.

Pero no sólo se está visualizando el escenario político-militar, sino también el económico y cultural. Estamos asistiendo desde hace ya varias décadas a una superposición, en el mundo de la economía, de dos niveles muy distintos y bien diferenciados: el productivo o industrial y el especulativo. El primero parece claro que produce plusvalía, cosa que no parece ocurrir en el ámbito financiero, donde se producen ganancias exorbitadas con sólo traspasar el dinero de unos valores accionariales a otros. De este modo, nos hallamos también ante una globalización de los capitales, que se mueven con total libertad por encima de las fronteras, y también con total impunidad, pudiendo ocasionar con ello el hundimiento de la economía de un país entero, cuando su política no gusta a los intereses de los inversores.

Los sucesos del 11 de septiembre pasado han convulsionado las Bolsas y toda la economía, sobre todo la financiera. Y no es para menos, en la medida en que el capital se mueve y se desenvuelve a su gusto en un clima de confianza, y nos hallamos en estos momentos dentro de una gran inseguridad. Pero los actos terrorista a que estamos aludiendo, han servido también en este punto para desenmascarar la situación económica de nuestro mundo. Lo primero que hay que decir es que la crisis económica en la que estamos venía de meses antes, y los actos terroristas no han hecho más que agudizarla, y muy considerablemente. Ante esta situación, la economía estadounidense ha sido la más perjudicada, evidentemente. Pero la reacción de las autoridades políticas no han hecho más que evidenciar que la tan cacareada independencia de la economía respecto a la política es sólo un engaño. Varios analistas se han referido estos días al hecho explícito de las ayudas gubernamentales a las empresas más afectadas por los efectos del terrorismo y, de paso, a otras más bien afectadas de rebote. Con ello advertimos que los más convictos neoliberales, cuando se sienten afectados por las circunstancias adversas del mercado, no dudan en dejarse favorecer por prácticas keynesianas, que se decían eran tan perversas de cara a una economía sana y libre. Se apela al mercado libre cuando resulta favorable, pero, cuando las circunstancias se vuelven en contra, no se duda en pedir ayuda al “Es tado benefactor” para que enjuague las pérdidas, que las pagamos entre todos los contribuyentes. Pero, a la hora de repartir las ganancias, sólo ponen la mano los socios capitalistas.

Otro elemento no menos interesante está ocurriendo en estos momentos. Apelando al secreto bancario y a la libertad de movimiento de capitales (circunstancia necesaria, se dice, para que la riqueza se multiplique y nos pueda llegar a todos), se ha diseñado una legislación que



permite una total opacidad de todos los capitales, entre los que campan por sus fueros abundantísimas cantidades de “dinero negro”, producto de las más diversas prácticas delictivas. Esa opacidad ha sido aprovechada por Bin Laden y su organización Al Qaeda, que ha sido capaz de moverse por esos entresijos legales como pez en el agua. Y cuando se quiere poner coto a sus movimientos, se encuentra con impedimentos que sólo se pueden resolver con una reforma legal que corre el peligro de dejar al descubierto otras redes irregulares y delictivas que no se quieren destapar. Esta es una de las contradicciones existentes en este ámbito de la realidad económica: si se quiere perseguir a determinadas redes terroristas, controlando sus redes financieras, no queda más remedio que hacer una legislación transparente que sirva para controlar el dinero de todos, y no sólo el de aquellas entidades que interesan. No podemos seguir, también en este punto, con un doble criterio legislativo. Si es necesaria la claridad, que sirva para todos. Y si no, que nadie se aproveche de ella.

Cada vez se advierte la necesidad de imponer medidas internacionales que controlen la circulación de capitales financieros, imponiendo impuestos (sea la propuesta del llamado impuesto Tobin, u otra fórmula cualquiera) por cada traspaso de frontera, con objeto de evitar la descapitalización arbitraria de empresas o de países indefensos. Sólo de esta manera se podrá ir superando el descontrol de lo económico-financiero respecto de las decisiones políticas de los Estados o de otras entidades internacionales. Porque no es cierta la tan repetida independencia de lo económico respecto a lo político, en la medida en que tal independencia sólo se da respecto a las entidades políticas de países de segunda, pero no respecto de las grandes naciones de la tierra. Las estrategias de las grandes empresas mundiales se apoyan muchas veces en intereses de las naciones más poderosas, como EEUU., Alemania, Japón, Francia, etc.⁵

En el terreno de la globalización económica, se necesita cada vez más una legislación justa, que controle el mundo financiero desde parámetros legales que sirvan a los justos intereses universales y no sólo a los de los más poderosos. Mientras esto no se consiga, seguiremos asistiendo a la dramática realidad sobre la que se está construyendo el futuro de nuestro planeta: cada vez se ahondan más las diferencias entre ricos y pobres, y crece el número de personas del planeta que viven en situación de extrema pobreza (1.300 millones), que sufren desnutrición crónica (850 millones), o que están subempleados o no tienen empleo (1.000 millones)⁶. Ante esta situación, que pudiéramos ennegrecer todavía más con datos más sobrecogedores, y bien reales, no podemos pensar en construir un mundo en paz e inmune a los brotes del fanatismo y de la desesperación de tantas personas a quienes este mundo tan injusto y desigual les está cerrando de modo definitivo un futuro en condiciones mínimamente humanas.

Habría alguna esperanza a esta injusta situación si se llevara correctamente a la práctica el deseo de los EEUU de internacionalizar los tribunales de justicia, como medio más adecuado de perseguir por todo el planeta a las peligrosas bandas terroristas, que se aprovechan de la descoordinación de la justicia y de la desigual legislación existente en los diversos Estados. No cabe duda de que éste es uno de los objetivos más interesantes a conseguir en un mundo globalizado como el nuestro. Pero también este intento está plagado de ambigüedades, como podemos comprobarlo con motivo de la contienda contra los talibán afganos. Por un lado, se

⁵ Cfr. Vicenc Navarro, “Globalización económica, poder político y Estado del bienestar”, Barcelona, Ariel, 2000.

⁶ Tomo los datos del documento de la Comisión Permanente de la H.O.A.C., “Por un nuevo orden internacional”, Madrid, 27 de septiembre de 2001, p. 3.



pretende legitimar las acciones armadas contra los grupos terroristas y los que les apoyan apelando a una legislación internacional, y es una medida correcta, mejor que la mera apelación a la venganza por quien, dado su poderío militar, puede ejercerla. Pero no resulta ya tan convincente, sino probable, que apele a los derechos humanos para legitimar la defensa de las víctimas del terrorismo y luego no se dejen ejercer esos derechos, como por ejemplo el derecho a opinar libremente y a discrepar de los modos como se está pretendiendo ejercer ese derecho militar de réplica. Parece como si los derechos humanos sólo se respetaran cuando no se ejercen contra los privilegios de los poderosos. Ya hace años que el prestigioso filósofo y analista político norteamericano, Noam Chomsky, nos viene hablando de la “quinta libertad” norteamericana⁷. Los EEUU se han erigido en los adalides de las libertades fundamentales (resumidas en las cuatro más importantes: económica, de expresión, de conciencia y de residencia), pero sólo ejercidas hacia dentro de su territorio nacional. Pero reservándose una “quinta libertad”: la de intervenir de la forma más contundente, en cualquier parte del planeta, cuando están en juego sus intereses geoestratégicos.

De nuevo vemos que, en el capítulo de la justicia y de la defensa de los derechos humanos, se siguen utilizando una doble medida: una para los ciudadanos de primera y otra, para los de segunda o tercera. Y el problema está en que los derechos “humanos” o se universalizan y se refieren a cualquier humano, sean quien sea, o no resulta legítimo hablar de tales “derechos humanos”. Resulta interesante, en este contexto, la llamada del escritor chileno, Ariel Dorfman, a “globalizar la compasión” (El País, 10-XII-2001, 16). Todas las víctimas nos tienen que importar por igual, y nos tienen que mover a idéntica compasión: las que mueren en las Torres Gemelas, y las que mueren de hambre, en guerras de “baja intensidad”, y bajo regímenes dictatoriales en países controlados por los intereses de las potencias hegemónicas.

Si nos referimos al aspecto cultural de la globalización, nos encontramos igualmente con un doble modelo de realización. Frente a un ideal “diálogo de civilizaciones”, en el que cada cultura aportara su cosmovisión, su estilo de vida y sus mejores frutos en la tarea de organizar la convivencia social, nos hallamos ante el fenómeno, cada vez más palpable, de la imposición de un modelo hegemónico del modelo de vida occidental, o mejor, norteamericano. Es la llamada por algunos “macdonalización”, un estilo de vida basado en el consumismo, la competitividad, el individualismo, el economicismo, y el triunfo sobre el adversario. Si ya de por sí la fórmula monocultural hacia la que parece que vamos es un empobrecimiento, lo es mucho más cuando lo que se impone es más bien una “cultura basura”. Parece como si los más respetables valores desarrollados por la sociedad occidental hubieran sido barridos por el efecto impositivo y depredador de un estilo de vida que socava lo más valioso del ser humano y saca a relucir lo que le hace más dependiente, alienado, pasivo, e insolidario.

En el fenómeno de la tendencia monocultural resultan decisivas tanto la imposición de determinadas marcas comerciales, que pasan a representar la fuerza simbólica de un determinado estilo de vida, que se desea y se aspira a disfrutar (fenómeno analizado de forma profunda y brillante por Naomi Klein, en su best-seller “No Logo”, Paidós, 2001), como la demonización a la que se están sometiendo determinadas culturas o religiones, como la musulmana.

⁷ Cfr. Noam Chomsky, “La quinta libertad. La política internacional y la seguridad de los Estados Unidos”, San Salvador, UCA, 1987.



Estamos, por tanto, asistiendo a una serie de fenómenos globales que nos advierten de los graves riesgos a los que nos estamos acercando y nos plantean la cuestión central de qué tipo de mundo estamos construyendo, o nos están preparando quienes tienen capacidad de decisión y de incidir en la orientación de estos fenómenos globales. Parece que no nos queda más que una doble alternativa: o queremos un mundo planteado en clave de lucha de poderes entre grupos que defienden sus intereses parciales, esperándonos, por tanto, en el futuro la única posibilidad de habitar (si seguimos con vida) en un mundo confeccionado y planificado por el grupo vencedor; o apostamos por un mundo basado en el diálogo, en la pluralidad cultural (en el sentido más amplio de “cultura”), y en la resolución de los conflictos de todo tipo por medio del diálogo, el respeto a la pluralidad, el respeto a la justicia (no al equilibrio de poderes) y a los derechos humanos, el ejercicio de la compasión y la ayuda preferente a los que más lo necesitan. Sólo en esta segunda opción podremos decir que el mundo en que habitemos será un mundo “humano”, “civilizado”, y digno de ser defendido y respetado.

Lo triste es que los vientos que corren, y los modos como se está tratando de resolver los acontecimientos del pasado 11 de septiembre, no dan pábulo para alimentar la esperanza. Sólo la referencia a los miles de personas que discrepan y se oponen a los rumbos por los que parece que se encamina predominantemente nuestro mundo, y el empeño que ponen en pensar y vivir de otra manera, permite abrigar esperanza de que la aspiración del ser humano a la verdad, la justicia, la igualdad, la solidaridad, el respeto a la pluralidad, ... y a todos los grandes valores que hacen grande al ser humano, permite seguir alentando la esperanza.

El cristiano ancla su esperanza también, y sobre todo, en Dios, el mayor adalid y defensor de la dignidad de todo ser humano y del respeto a todos sus derechos. Él es el que nos ha enseñado, a través de las palabras y de la vida de su Hijo Jesucristo, que el camino central de la realización del ser humano y la única ley que nos puede permitir construir un mundo digno del ser humano es el amor y el respeto al otro, en especial al más pobre e indefenso. Y eso es lo que nos recuerda también el Vaticano II, en la *Gaudium et spes*: “Dios, que cuida paternalmente de todos, ha querido que todos los hombres formen una única familia y se traten entre sí con espíritu fraterno. Pues todos, creados a imagen de Dios, que hizo *de uno todo el linaje humano para que habitara toda la faz de la tierra* (Hech 17, 26), son llamados a un solo e idéntico fin, es decir, Dios mismo. Por esto, el amor a Dios y al prójimo es el primer y mayor mandamiento. La Sagrada Escritura nos enseña que no se puede separar el amor a Dios del amor al prójimo (...). Se comprueba que este mandamiento adquiere suma importancia para unos hombres que dependen cada vez más unos de otros y un mundo que está cada día más unificado” (GS, nº 24).